

## TERCER AÑO DE MEDICINA

Con el comienzo del tercer año tuvimos una renovación total de nuestros profesores, y, con la enseñanza de la Patología, que tanto interesa y tan profundamente subyuga, puede decirse que da el alumno sus primeros pasos en el estudio de la medicina. Todas las nociones anatómicas y fisiológicas que adquirió hasta entonces, le servirán para comprender y resolver los problemas patológicos. Durante los primeros años se aprovisionó de una preciosa carga que habría de serle imprescindible después.

La Patología General estaba a cargo del doctor Federico Grande Rossi. No pudimos haber emprendido la marcha con mejor mentor. Verdadero pedagogo, sabía hacer interesante su clase y, a veces, era una verdadera contrariedad el término de la misma.

Sus célebres cuentos, exagerados y gráficos, despertaban en nosotros la atención y podía jactarse el doctor Grande Rossi de cumplir aquel conocido lema del teatro: «Enseñar deleitando».

En su lección inaugural] nos previno que nos perdonaría y nos disculparía los errores más garrafales, pero que castigaría duramente cualquier indiscreción que cometiéramos ante el enfermo, que le hiciera saber lo sombrío de su pronóstico.

¿Cómo hemos de pagarle —decía— el servicio precioso que nos presta como material de estudio, quitándole de su alma toda esperanza de salvación, cuando somos impotentes para curarle? El enfermo, a más de nuestro agradecimiento, es acreedor a nuestro respeto y debemos tratarle con suma delicadeza. El que viene a morir a un hospital —continuó— es un vencido, es un fracasado y sería refinadamente cruel toda brusquedad y toda falta de consideración en nuestro trato. Cuando deseemos saber qué síntomas le han decidido a ponerse en tratamiento no debemos preguntarle:

—¿Por qué ha venido usted al hospital?

Tomando en otro sentido esas palabras, podría respondernos:

—Porque no tengo otro lugar adonde ir.

Y, sin querer, habríamos lastimado su sensibilidad.

Cuando iba a hacer alguna pregunta que consideraba difícil, buscaba entre los alumnos un sobresaliente en Anatomía o en Fisiología, según fuera la índole del tema y, cuando creía muy difícil la respuesta, ofrecía sobresaliente en Patología a quien la contestara. Su sistema interrogatorio, brusco y agresivo y sus célebres «por qué» parecían disparos a boca de jarro.

Como profesor de Patología era natural que mencionara constantemente los distintos signos indicadores de determinados trastornos. A este respecto recuerdo una caricatura hecha por nuestro fecundo Compañero Oscar Forest, en que lo representaba bajo un pabellón en que aparecían todos los signos del Zodíaco, rematado por el siguiente aforismo macarrónico: *Con signos curatis tutis*, y sobre una mesa varias bolas, cada una de las cuales tenía un rótulo en el que se consignaba lo que a juicio del caricaturista eran verdaderas exageraciones.

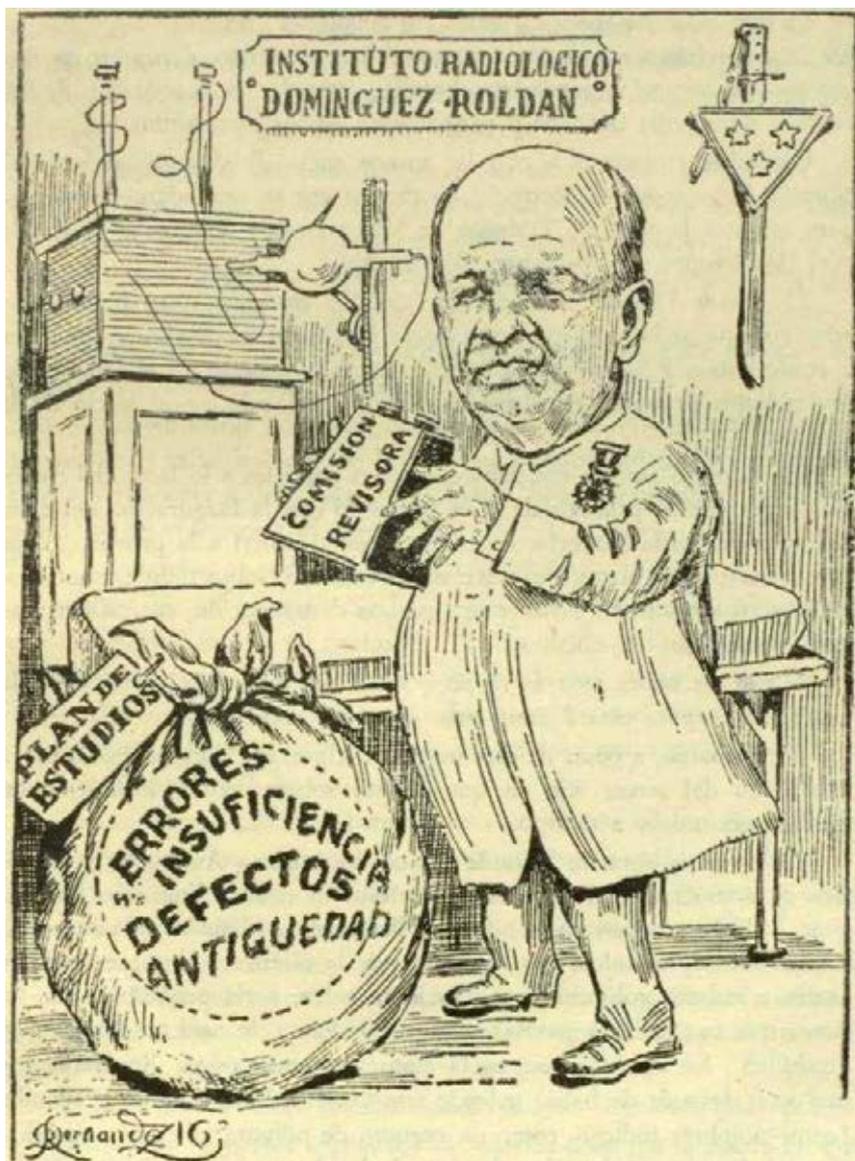
La Patología General se explicaba en el Hospital Número Uno, que en aquella época comenzó a convertirse en Hospital General Calixto García.

El hospital fue una construcción realizada por el gobierno colonial y reconstruido después por la intervención norteamericana que lo denominó Hospital Número Uno. Los pabellones eran de madera y estaban contruidos sobre bloques de canto para aislarlos del suelo. Una corta escalera daba acceso a los mismos.

Al construirse el Hospital General Calixto García, siguiendo las ideas de la época, se edificaron pabellones de manipostería aislados.

Esta construcción representa múltiples inconvenientes para la realización del servicio en los distintos pabellones, especialmente durante las lluvias. Con la moderna construcción, llamada monobloque, en la cual todas las dependencias del hospital están comunicadas, se obvian esos inconvenientes.

A diario se derribaban pabellones enteros para dejar espacio libre a los grandes edificios que habrían de sustituirlos y entre el ambiente de escombros, piedras y palos se desarrolló esa tendencia que caracterizó a nuestro curso y que, recurriendo a las raíces griegas, podríamos llamar «litofilia», es decir, placer en apedrearnos.



Dr. Francisco Dominguez Roldan («Panchón»).

La distancia que mediaba entre los hospitales Número Uno y Mercedes la recorriamos en un tiempo increíblemente corto, divididos en dos bandos que sostenían verdaderas batallas campales, para asombro de los vecinos de aquella barriada y para peligro de los transeúntes.

Cansados, sudorosos y con las manos sucias llegábamos al hospital Nuestra Señora de las Mercedes —que así era su verdadero nombre— para asistir a la clase de Trabajos de Microscopía y química clínica, a la cual llamábamos sencillamente *Microscopía*.

El doctor Leonel Plasencia fue nuestro profesor. Era hombre de ademanes pausados y elocuencia pastosa y aglutinada. Dedicaba los lunes a conferencias y los miércoles y los viernes a realizar en el laboratorio los trabajos prácticos relacionados con lo explicado en el inicio de la semana.

El doctor Plasencia realizaba exámenes parciales a lo largo del curso. Recuerdo que el primero de ellos coincidió con la inauguración del campeonato de béisbol interfacultades y yo no concurrí a la prueba. A los que faltamos nos hizo un examen extraordinario, sobre todo extraordinario por su severidad. Yo hice una pésima demostración, me calificó con cero y me dijo:

—Eso de *mens sana in corpore sano* está muy bien, pero a fin de curso, su *corpore* estará sano, pero su *mens*, vacía.

Sin embargo, a pesar de este negro vaticinio, fue microscopía la única asignatura del tercer año en que obtuve sobresaliente. Posiblemente, había reaccionado a tiempo.

La primera hora de la tarde estaba destinada a Anatomía Topográfica y Operaciones. Fue nuestro profesor el doctor Francisco Domínguez Roldán, a quien en lo adelante llamaremos «Panchón», ya que así era conocido por todos, dentro y fuera de la cátedra. Hombre de corta estatura, cabeza voluminosa y reluciente calva, nariz pequeña y voz fañosa, que caminaba a pasos cortos y rápidos y de carácter irregular y atrabílico. En sus días negros la emprendía con todos. Recuerdo que una vez, después de haber peleado con Goyito, Bartolo, José e Illamba (estos nombres indican, como un reguero de pólvora, el camino seguido por él: la puerta, el patio, el salón de lavabos y la sala de disección), la emprendió con Testut, uno de los autores de nuestro libro de texto, y nos dijo que aquella clasificación era errónea y que eso sucedía porque ni Testut ni Jacob habían sido cirujanos.

Otras veces, muy raras, estaba de broma. Al preguntarme, cierto día, cuántas asas nerviosas abrazan a la subclavia derecha y contestar yo dos de ellas y no recordar la tercera, me dijo que eso me sucedía por no tener memoria y lo repitió varias veces, acompañándolo siempre con una risa muy pillina. Al ver que yo no me daba cuenta, me dijo:

—Compadre, el asa memorable, el asa memorable. Usted verá que eso no se le olvida más. Él se rió con su risa nasal y todos los ocupantes de mi mesa lo corearon. Algunos se reían sin saber por qué, pero si no hubieran aprovechado esa oportunidad, quizás nunca más hubieran podido reírse delante de «Panchón».

Cuando nos hablaba de las relaciones anatómicas para localizar un órgano, nos presentaba el siguiente ejemplo:

—Para encontrar un objeto determinado tienen que entrar en la casa situada en la calle de Neptuno 126 B, ir al primer cuarto, abrir el escaparate y, en la gaveta derecha está el objeto. Si no se cumplen todos esos pasos, no se encontrará el objeto.

Y continuaba, atacado de delirio de posesión:

—Yo tomo mi bisturí e incido mi piel, corto mi aponeurosis, separo mis músculos y llego a mi peritoneo. Yo lo incido y busco mi apéndice. Estoy en el buen camino. Yo he observado mi punto de referencias y encontré mi apéndice como antes había encontrado el objeto que estaba en la gaveta derecha del escaparate del primer cuarto de la casa de la calle de Neptuno 126 B.

En este tercer año terminaron nuestros trabajos en la sala de disección, cuyo ambiente nos era tan repugnante en los primeros días y al cual nos habituamos en corto tiempo. Ya no habrá más tiroteo de carne humana. No más robos de trabajos anatómicos para presentarlos como propios; ni presenciaremos los prodigios que se hacían en los lavabos para lavarse las manos con microscópicas astillas de jabón; ni veremos aquellas batas que, vírgenes de todo contacto con el agua, habían cumplido sus tres años de disección completamente anhidras.

Ya deberíamos irnos familiarizando con un ambiente más pulcro.

Otro de los aspectos sugestivos de aquella clase era la época en que se efectuaban las operaciones en perros. Teníamos que cazar a nuestro cliente con más encarnizamiento, a veces, que el que empleaban algunos médicos por medio de sus agentes de hoteles. Después de obtener el paciente,

generalmente en los fosos, le administrábamos un purgante y, en contra de su voluntad lo metíamos en la jaula. Al siguiente día le practicábamos una enteroanastomosis.' Yo apliqué cloroformo a uno y operé a otro. Ambos quedaron muy bien y cicatrizaron rápidamente. Parece que tenían carne de perro.

Terminada Topográfica, nos dirigíamos apresuradamente al laboratorio Wood, donde nos esperaba el doctor Arístides Agramontés para iniciarnos en el vasto campo de la Bacteriología.

Agramontés, con Reed, Lazear y Carroll formó parte de la comisión norteamericana que vino a Cuba a estudiar la fiebre amarilla, y que, después de fracasar, comprobó la certeza de la teoría de Finlay.

Agramontés podrá haber sido considerado un gran hombre, pero lo que está fuera de toda duda es que era un hombre grande. Su elevada estatura y gran corpulencia, cierta dureza de expresión y la brusquedad de sus movimientos, le comunicaban cierto aspecto bufaloideo.

No sabemos si el orden y el riguroso método con que siempre procedía eran cualidades congénitas en él o sólo una consecuencia de su antigua vida militar.

En su clase todo estaba previsto, nada se dejaba al azar. Su puntualidad era tal, que podía tomarse su llegada como cañonazo de las nueve, para ajustar los relojes.

En este hombre el orden había llegado a tal extremo, que cuando faltaba a clase, y ésto no ocurría más que dos veces al año, lo hacía de una manera verdaderamente metódica, pues lo anunciaba con tres días de anticipación en todos los cuadros de la escuela, con objeto de que los alumnos no perdieran su tiempo y su dinero (esto último se relacionaba con los que utilizaban el tranvía, que de todo podía haber).

Agramontés tenía fama de ser refractario al «jabón»,<sup>3</sup> a ese jabón con el cual se obtenían sobresalientes, se ganaban premios y se creaban reputaciones. Cuéntese que a un alumno que le pidió disculpas por haber ido fumando, al hacerle una consulta, le respondió olímpicamente:

—Nada me importan usted y su tabaco.

A lo largo del curso, celebraba el doctor Agramontés exámenes parciales. Después de cada examen, aparecía en el cuadro de avisos una

---

En las notas correspondientes al cuarto año trataremos extensamente ese teo c.-



Dr. Aristides Agramonte y Simonk (Caricatura de Diego Fernandez.) (Cortesía de la revista *Asclepios*.)

lista que, invariablemente y escrita con redonda e impersonal letra de agrimensor, decía así :

Máximo . . . . .	100 puntos
Juan Pérez.....	96 puntos
Pedro Díaz .....	93 puntos

etcétera.

Lo que dio lugar a que cierto chusco preguntara quien era ese *Máximo* que siempre alcanzaba la más alta calificación.

Debajo de la lista aparecía esta nota:

«Los alumnos que no concurrieron al examen han obtenido la calificación cero. Esta nota implica lamentables consecuencias para el porvenir.»

Como resumen de su actuación, podríamos decir que Agramontés no nos enseñó mucho, pero nos lo enseñó bien.

Volvimos a encontrar en nuestra carrera al doctor Salazar, que nos explicó medio curso de Anatomía e Histología Patológicas. He puesto que «explicó» pero esa no es la palabra correcta. Tan sólo nos dictó unas notas para salir del paso, sin el más mínimo sentido de responsabilidad.

Una de las secciones más importantes de la prensa prerrevolucionaria era la crónica social. En esa feria de vanidades, todo profesional era ilustre; todo caballero, distinguido; todo comerciante, acaudalado; y toda dama, bella y encantadora. Sin embargo, cuando se quería destacar aún más a alguna personalidad, se decía que se le dedicaba un «párrafo aparte».

Pues bien, entre los numerosos profesores que encontramos en la Escuela de Medicina, algunos eran incompetentes, otros inmorales y no faltaron los irresponsables. Pero, como en la antigua crónica social, tenemos que dedicar un párrafo aparte a los doctores Johnson (padre e hijo) los dueños de la gran droguería de la calle de Obispo.

El padre era el profesor titular y el hijo, el auxiliar de la asignatura titulada Química Médica, que aparecía en el plan de estudios entre las que correspondían al tercer curso. Con la perspectiva de los años, no concibo cómo pudo realizarse este hecho escandaloso sin la intervención de las autoridades universitarias ni la protesta de los estudiantes.

El primer día de clase se desarrolló así:

El doctor Johnson, padre, tomó nota de nuestros nombres, a pesar de que todo profesor recibía oficialmente la lista de sus alumnos.



Con Grande Rossi (1914-1915).

Comprobó qué éramos ochenta, número extraordinario para aquella época y decidió dividirnos en grupos.

Con los ochenta hizo tres grupos de a veinte. Uno de esos grupos trabajaría los martes y el otro, los jueves. (En la formación de los grupos eliminó veinte alumnos y en el señalamiento de los días, otros veinte.)

El primer grupo asistió a clase el siguiente martes, pero el jueves de dicha semana llovió y decidimos dar por terminado el curso.

Llegados los exámenes, nos dejaron copiar libremente pero, dada nuestra ignorancia, la dificultad, consistía en poder encontrar las respuestas a las preguntas formuladas. Cada cual escribió lo que quiso. Nos aprobaron a todos.

Cuando, en 1942, cumplió nuestro curso veinticinco años de graduado, se reunió en La Habana y, al final de una comida, habló un compañero por cada provincia. Martínez Cañas lo hizo por La Habana.

En su discurso, después de recordar mi labor de cronista de los acontecimientos del curso, dijo textualmente:

Fue también su mano la que escribió el documento que considero más destacado en todo el tiempo de nuestra vida universitaria: celebrábamos entonces los exámenes escritos de aquella cosa, no quiero llamarle asignatura y he procurado olvidar su nombre, de la cual era profesor Johnson, a quien conocimos por primera vez en ese instante.

—Yo tenía a mi izquierda a Mesa. Frente a mí escribía Dihigo. Antes de entregar su trabajo se empeñó en leérnoslo porque iba a hacer un experimento y quería que nosotros gozásemos también de sus resultados. Allí se hablaba de todo menos de lo que era el objeto del examen. Recuerdo que en esos tiempos visitaba La Habana el viejo circo de Pu- billones y Dihigo se deleitó describiendo algunos de sus números. Unos párrafos adelante el asunto era más fuerte y la dialéctica ya quemada. Ante el asombro nuestro, nos dijo Dihigo: quiero convencerme si este hombre lee los temas o esta es una burda comedia. Nos quedamos casi en los límites del síncope cuando le vimos, con seriedad académica y corriendo un riesgo inmenso, entregar aquello en las propias manos del profesor. Pero nos faltó poco para morirnos cuando, al día siguiente, encontramos el «aprobado» que aquel documento produjo, entre el fardo de aprobados que se nos dio a todos.

—Yo pediría que una comisión de nuestro curso buscara ese pergamino para inmortalizarlo en un cuadro como el más interesante escrito

que entonces se produjo y la prueba más concluyente de lo que era aquel examen. No dudo en afirmar que esa tarde Dihigo estuvo genial.

Hasta aquí las palabras de Martínez Cañas. Añadiré unas más por vía de aclaración. En nuestro curso José Manuel Martínez Cañas y Miguel Álvarez Miari, destacados alumnos ambos, sostuvieron una cerrada competencia para obtener el mejor expediente y, con ello, la beca de viaje.

Aunque ambos presentaron trabajos idénticos en el examen de Química Médica — habían copiado de un mismo texto— Álvarez Miari obtuvo el único sobresaliente del curso y, como consecuencia, la beca de viaje.